

La concesión del premio cubano Casa de las Américas 1975 al argentino Haroldo Conti interesa notablemente porque la novela premiada Mascaró, el cazador americano es una hermosa meditación sobre el sentido de la vida humana y más precisamente sobre el valor de lo que Mariátegui llamaba el mito, en la revolución.

El premiarla ¿qué significa? ¿la identificación del reino de la libertad con la Cuba actual? ¿o la proclamación de que el régimen cubano quiere marchar a la luz del mito? ¿Significa una reducción del mito o un dejarse juzgar por él?

Haroldo Conti había ganado en 1971, con su novela En vida, el premio Barral.

PEDRO TRIGO

## Lo que premian en Cuba

## De la situación al acontecimiento:

## la humanidad recobrada

### ALIENACION Y ABURRIMIENTO

En vida es una de esas novelas en que el intelectual pequeño burgués, perdido en la gran ciudad, átomo desgajado en su atomizada clase, ajeno por igual al pueblo y a la burguesía emprende la imposible tarea de encontrar sentido, de encontrarse. La conciencia de sí, si ha roto las máscaras, sólo puede aprehender una carencia. La conciencia al desprenderse de rutinas, de costumbres, del trabajo oficinesco no encuentra sustancia propia donde anclar. No hay una realidad personal, nada acontece. Lo que se capta es la absoluta permeabilidad a cualquier incitación. No hay interioridad, el hombre no es sujeto. Es un haz de reflejos cada día más cansinos, opacándose.

Pero algo queda: una memoria, la infancia. Ese tiempo lleno en que uno vivía en comunidad con los hombres y con la tierra y con ellos sufría y reía. Un tiempo que se sitúa paradigmáticamente en el campo. No es que se aluda a grandes hechos -la mayoría fueron tristezas; lo entrañable es que era uno, como sujeto social, el que hacía y padecía aquello.

Ese tiempo queda como una huella en el cuerpo. La conciencia no lo puede dominar. Queda como un trauma. Es una obsesión que se superpone a cualquier incitación externa y la suplanta. Le desencaja a uno de los engranajes de la vida normal, lo va volviendo un ser inútil. Pero en cierto modo lo mantiene en vida, lo preserva. Ese trauma le dará fuerzas para arrancarse de esa vida y trasladarse a una orilla de la gran ciudad entre el río y el mar, a una casa de madera, trasladarse a la mujer-madre, a la tierra, a la lluvia y el sol, esa prostituta que acoge sin preguntas, con la que cabe habitar recuerdos.

El hombre se mantiene en vida. El precio ha sido negar la historia. Queda una vida de naturaleza, una vida que puede ser algo valiosa, pero que es sin duda marginal.

### DE LA SITUACION A LA AVENTURA

Y al abrir Mascaró, el cazador americano encontramos de nuevo a Oreste, el protagonista de En vida. Anda por el sur, fondeado en una mínima caleta de pescadores circundada de desiertos. Es casi un ser vegetal; una costra del mar. Vaga, convive y celebra la vida: "Este es Oreste Antonelli, o más bien Oreste a secas. Un vagabundo, casi un objeto" (37). Su percepción se ha extendido acompasando los

ritmos del mar y la tierra. Ha olvidado mucho. Ya no hay miedo ni extrañamiento. Le recorre una fuerza elemental. Es adán a punto de nacer a la historia. Es una especie de gestación entre el seno duro de la arena y el vientre salino del mar. Entre hombres un poco anfibios, casi cosas, seres de los vientos.

Y él se va. Se arranca de la situación, esa fijeza viviente. Y el autor, para que su personaje puede llevarla consigo, para fijarla, la transfigura para que cada elemento cobre relieve propio y el conjunto se dilate y brille y pueda dar luz a la memoria.

Tras de la situación viene el suceso. Se embarca en El Mañana junto con un príncipe de fantasía y un hombre de negro con dos pistolas. El barco va, la tempestad se desata, el rumbo se pierde, nace la aventura y los protagonistas la asumen, comprenden su sentido -eso es la vida- y la celebran. Nace la representación: cada uno sucede ante los demás y todo se canta. "Allá va El Mañana, unos trapos y unas voces, cosa de cuento, tema para una chaparrita, barco del Angel casi fantasma. Va y va, sucediendo" (73).

El barco llega al puerto. El príncipe se va a un circo y se lleva consigo a Oreste y al cocinero del barco. Se encuentran con el circo en ruinas, sólo quedan de él rescoldos de arte. El director mató al arte, se convirtió en patrón, el acontecimiento degeneró en funciones. Y él en funcionario. Y se arruinó. El príncipe y los suyos se deciden a empezar. Convencen a otros. Y se van.

Es la celebración de la vida desde la perspectiva del hombre que la vive como camino. Y que por eso la abarca, la desentraña, la pregunta, la apura. Pero todo de un modo franco, liviano, sin condiciones, sin consecuencias. Vale el instante, el encuentro que nos cobija y que hacemos. Lo demás es materia de recuerdos.

Desde esta perspectiva se valora lo que vale cuando uno se da a ello y ello se vuelca en uno. No hay valores de cambio, no hay mercancías. Sólo encuentros.

Pero al vivir en el mundo de la mercancía, ese modo de vivir ha de ser marginal: un mundo encantado y miserable, siempre en retirada hacia los confines. Mucha esencia pero con poco margen de existir. Por eso esos extraños momentos se valoran como gracia. Es el mundo de Don Quijote. Pero sin la pretensión de Don Quijote de hacer justicia. Sólo queda el encuentro, el arte, la celebración, la representación de la vida, tan precaria, siempre en trance de hacerse bufa.

La soledad, el escepticismo gris de En vida se transfigura por la aventura

compartida. Aunque no lleve a ninguna parte.

## LAS FIGURAS DE LA LIBERTAD

Pero la aventura vivida no como residuo sino como reto, no como evasión sino como gracia va dejando rastros en uno y en los demás. La libertad compone día a día sus figuras y uno se entrega laboriosamente a llenar esos reclamos. "Cada uno vivía el día entero la representación o figura que había elegido" (188): Van naciendo en común como personas humanas.

El desierto es la enorme matriz que, junto con su libertad, los va tallando. "Eso ocurre. El sol y el polvo matan la memoria. Uno transcurre pura cosa" (210). Puede parecer un retroceso a la situación, a la viviente inmovilidad del comienzo. Pero no es eso. Es una especie de purificación, de vaciamiento interior, de muerte a lo particular para vivir todo abierto al acontecimiento. El trajinar de los carromatos entre tormentas de arena resulta así un ensimismamiento que es en realidad la expectativa pura, el vivir agazapado para poder participar del encuentro: "se han vuelto para adentro, parecen ajenos al polvo y a la fatiga y aun al tiempo, menos de carne, más de invención" (235). El hombre como autor de sí mismo.

Y en el camino suceden cosas. Ellos pueden actuar porque también son capaces de percibir la maravilla. En un pueblecito se quedan pasmados ante la música total de una charanga (179). O un día se cruzan con uno que va a ver el mar (216) así, gratuita, festivamente. Y otro los atraviesa un hombre que vuela con un mecanismo a pedales (219). Mientras tanto el enano cascarrabias da de comer al viejo león como una mamá a su hijo desgano (218). Y Sonia, la mujer, va madurando como una fruta, "así que acaraban de un pueblo a otro aquella tamañosa encarnación, medio de solemnidad, como romeros" (219, 244, 256)

Y todo son cosas naturales, acontecimientos verdaderos, cifras de la vida y no magias de perinola.

## ¿FUNCIONAR O ACONTECER?

En el centro del libro se inscribe el circo: la vida como un encuentro festivo y creador: "Funciona. ¿No sería preferible decir que sucede, divaga, transcurre, rumbear, consiste, o, simplemente, es? Lo leve. Un circo es las mil maravillas. Cuando funciona ya no resulta lo mismo. El ser es un de repente, lo improviso de súbito total. Ahí está la alegría. Así entonces no importa demasiado que funcione a las mil o diez mil maravillas. Ese fue el error de Vicente Scarpa, funcionario" (240). El circo como acontecimiento puro. Un don entregado al pueblo: "El circo 'es' para ellos, aunque de dudosa materia. Mil y mil maravillas, nunca visto. Y siendo, se marcha" (241). Pero el encuentro ha sido fecundo: en el pueblo ha entrado una nueva dimensión, una semilla que madurando dará frutos.

Y el acontecimiento es la dimensión de lo gratuito. El libro lo significa en que las maravillas suceden en el cabo del mundo y para poquísima gente, el circo se perfecciona sin tregua aunque cada vez sean más chicos los pueblos con que se topan en su caminar.

Pudiera parecer algo maniquea la contraposición que se establece entre la eficacia y lo gratuito. Creemos que se justifica en cuanto que es una lucha simbólica por la preeminencia. No es quedarse con una de las dos sino determinar cuál guiará la barca. Y ese es un asunto esencial. Se combate por el sentido de nuestra cultura. Y por eso el libro resulta revolucionario: abre un ámbito a la imaginación, es la viva representación de una existencia distinta y plenamente humana.

Desde éste punto de vista su simbólica sigue la dirección contraria de García Márquez. Este, realista descarnado, casi costumbrista, nos enfrenta ante los símbolos de nuestra cerrazón egoísta, aunque a veces encuentra gotas de lumbre pura. Conti, embarcado en El Mañana, nos propone símbolos nuevos, los del hombre nuevo, los de la Utopía. Aunque nos los sitúa en el seno de este nuestro mundo escaso y combatido. En eso se parece a Marechal. Y su utopía no resulta arbitraria ni fácil ni hueca. Sino atravesada de hambres, de cansancio, de vinos gruesos, de cálido humor.

## LA POESIA Y LA LUCHA

Y al situar la utopía en nuestra tierra y en nuestro tiempo, como en Marechal, como en Rocha (Antonio das Mortes-Mascaró) tiene que acabar en lucha.

Porque la autoridad reprime las maravillas (224-5, 255. . .). La vida poética es eminentemente activa y libre. Es la auto-producción pura. En el encuentro gratuito y creador -cuyo símbolo en la novela es el circo- el hombre acontece como persona social y todos se intercambian, actúan

## ¿ALEGORÍA O SIMBOLO?

Creo que toda esta última parte y este final pueden ser entendidos de dos maneras. La una como la muerte de Don Quijote convertido en Alonso Quijano el Bueno. Lo anterior se descalifica: fue simplemente locura. Es lo que hace la película rusa con Don Quijote: la lee desde arriba, desde la revolución y la despoja de toda ambigüedad, de todo misterio: es simplemente una alegoría. La verdadera realidad está en otra parte.

Sería la interpretación marxista mecanicista, que radicalizaría el racionalismo hegeliano: la revolución es el cuerpo de lo que antes de ella fueron meras sombras. La realidad y la auto-inteligencia del hombre no se asientan en el misterio. El arte, el símbolo son meros ropajes; en definitiva entrarían en el ámbito de los artificios, de los recursos didácticos y exhortatorios.

Creemos que esta interpretación estaría muy por debajo de lo que se realiza en el cuerpo de la novela.

Según la otra interpretación la revolución no sería la sustancia del símbolo sino su cumplimiento siempre insuficiente. El símbolo necesita encarnarse en la revolución, pero siempre la trasciende y de ese modo custodia la pureza revolucionaria, impide que se fosilice, que involucre, la hace ir más allá.

Si la revolución acabara con esos convites que como símbolo de la plena realización humana, como anticipación del reino de la libertad, se montan de improviso en la novela la revolución perdería su justificación histórica y se convertiría en autoridad represiva aunque fuera de un orden superior. Porque al fin la épica de la revolución y el duro trabajo subsiguiente sólo se consuman en el libre y gozoso encuentro humano, en la fiesta.

res y espectadores. Es la anulación del productor alienado y del pasivo consumidor de mercancías. Es la subversión.

La novela comenzó diciendo del arte: "es la más intensa alegría que el hombre se proporciona a sí mismo. ¿Acaso no lo has visto? Esa forma blanda y jubilosa de pisar la tierra" (77). Esto se fue realizando cada vez más enteramente en la novela hasta culminar en la función de circo en un pueblo vacío: "Y la función comienza, progresa, remata con un brillo desconocido hasta ahora, que supera las viejas glorias del camino, cada cual ajustado a su arte sin imperfección ni reparo, cumplida maravilla, no ya figura, ni disfraz, ni postizo, con otra persona por debajo, sino al fin, en la consumación del empeño, el protagonista por entero" (246).

Este es el punto de inflexión. En adelante el acontecimiento se trasciende, van cumpliendo ritos secretos, mandaderos del destino, ignorantes de su don. En misión. Llevan mensajes, cifras de otro modo de acontecer. Insensiblemente se ven convertidos en conspiradores. El circo se tiene que disolver. En adelante otras serán las figuras.

Los dos últimos que quedan llegan a la ciudad, como quien dice a Buenos Aires, a la novela anterior *En vida*: "sintieron todo el peso de la ciudad, esa agria tristeza, esa miserable soledad que los reducía a un par de extraños, los despojaba torpemente de aquella loca historia (. . .) porque en el mismo momento que entraban supieron que ese largo, largo camino que habían recorrido juntos a través de toda aquella encendida tierra terminaba allí para siempre" (277).

Entonces viene, como al principio, la situación. Esta vez Oreste yace en la celda de torturas, en el seno de la muerte. Hasta que se completa la metamorfosis. Y sale a nacer de nuevo: "En realidad la verdadera función comenzaba recién ahora" (296).